

LA CUBA SOCIALISTA VISTA POR LOS ESCRITORES RUMANOS (1960-1980)

Ilinca ILIAN*

- **RESUMEN:** La Revolución cubana fue saludada en la República Popular de Rumania con entusiasmo y las políticas similares favorecieron el rápido establecimiento de unos acuerdos bilaterales, entre estos uno que concernía a los intercambios culturales. Pronto, gracias a ellos, los escritores rumanos empezaron a viajar a Cuba y sus colegas cubanos a Rumania, por lo cual entre 1960 y 1980 varios escritores rumanos pudieron visitar y escribir sobre el país socialista antillano. Nuestro artículo pretende presentar los viajes de los escritores rumanos a Cuba y analizar los textos que escribieron sobre su experiencia cubana, observando que estos textos producen un corpus muy heterogéneo tanto desde el punto de vista genérico como desde el punto de vista del grado de adhesión a la ideología promovida por los dirigentes socialistas. Es interesante también el hecho de que las notas de viaje a Cuba no reflejan siempre las transformaciones del discurso ideológico oficial y de las políticas culturales que afectaron a la Rumania socialista. Sin agotar el tema, esta incursión en el campo de las relaciones entre las instituciones culturales rumano-cubanas es capaz de poner en evidencia las similitudes de las políticas culturales del antiguo bloque socialista y de la Cuba de los años 1960-1980.
- **PALABRAS-CLAVE:** Cuba socialista. Memorias de viaje. Políticas culturales de la Rumania socialista. Literatura e ideología.

Nos proponemos en este artículo presentar y analizar algunas memorias de viajes de los escritores rumanos que visitaron la Cuba socialista en el período 1960-1980, deteniéndonos en una primera instancia en el contexto en que se realizaron estos viajes e intentando mostrar, en la parte central de nuestro análisis, que el discurso ideológico oficial en la Rumania socialista no se refleja de forma directa en los textos estudiados y que, aun en el registro menor representado por unos escritos, en muchos casos, circunstanciales, se acredita la observación de Virgil Nemoianu (1989, p.17), según el cual “[...] el arte, en general, no se pliega a las cortapisas de la historia y puede ser generadora del orden”¹. La lamentable pérdida de los archivos de la Unión de Escritores de Rumania hace imposible la elaboración de la lista completa de los escritores rumanos que

* WUT - West University of Timisoara. Facultad de Letras. Timisoara – Rumania. 300223 - ilincasn@gmail.com

¹ Todas las traducciones de los textos son nuestras.

Artigo recebido em 25/10/2017 e aprovado em 15/04/2018.

vijaron a Cuba a través del convenio establecido entre dicha unión y la Unión Nacional de Escritores y Artistas de Cuba (UNEAC), por lo que la investigación de este tema se convierte en una actividad con ciertos visos de trabajo detectivesco, al deber relacionar los artículos y los libros publicados por los autores después de su visita en Cuba con la consulta de varios documentos de los Archivos del Estado y asimismo con las relaciones directas obtenidas en las entrevistas hechas a varios actores culturales implicados en la vida cultural de la Rumania socialista². Aun así, estudiando los textos sobre Cuba escritos entre 1960 y 1980 en Rumania, se pueden delinear los cambios del clima cultural rumano y cubano a lo largo de estas dos décadas y, de paso, percibir el “aire de familia” de las políticas culturales en el antiguo bloque socialista y en la Cuba de Fidel Castro en sus años de gloria.

La Revolución cubana fue saludada en Rumania con el entusiasmo previsible para un país que en la época se encontraba en un momento de cambio importante en lo que respecta a las relaciones con la Unión Soviética. Si hasta 1958 el régimen del primer presidente comunista de Rumania, Gheorghe Gheorghiu-Dej, se hallaba bajo la estricta obediencia soviética, a partir de este año, en el contexto de la reorganización por Jruschov de la política en el bloque socialista, el presidente rumano decide orientarse hacia un tipo de comunismo nacional, que, si bien a largo plazo se reveló perjudicial, obtuvo el apoyo de los rumanos³. En lo que respecta a las relaciones con Cuba, es significativo el hecho de que, en los encuentros oficiales de los políticos comunistas, así como en la correspondencia personal, Gheorghiu-Dej criticaba a Jruschov por no haberle pedido su opinión en el momento de instalar los misiles en Cuba. De hecho, la abstención de Rumania de pronunciarse con respecto al conflicto de los misiles de 1962 contribuyó bastante a la creación de unas bases sólidas para la cooperación entre los dos países socialistas, que compartían el mismo discurso antiimperialista y, en el momento de la implementación de las relaciones diplomáticas, en 1960, intentaban definir unas políticas caracterizadas por cierta autonomía con respecto al modelo soviético⁴. Por otra parte, entre Nicolae

² Este artículo se basa, además de la consulta de los archivos nacionales y de los archivos de revistas culturales rumanas, en una serie de entrevistas realizadas entre julio de 2015 y agosto de 2017 con unos importantes traductores, editores rumanos: Andrei Ionescu, Dan Munteanu Colán, Victor Ivanovici, Mircea Martin, Mihai Cantuniari, Luminița Voinea-Răuț, Cornelia Rădulescu, Cornel Ungureanu.

³ De hecho, el alejamiento de Moscova se produjo paulatinamente, ya que en 1961 Jruschov participó en la plenaria de Partido de los Obreros Rumanos (PMR, comunista) y en 1962 todavía se sentía capacitado para dictar la orientación económica de Rumania, trazándole el papel de proveedor de productos agrícolas y criticándole los proyectos de industrialización. Los historiadores rumanos suelen atribuir la insubordinación de Gheorghiu-Dej más bien a su ideología formada en los más estrictos patrones stalinistas que a una suerte de heroísmo antisoviético, pero el resultado fue de todas formas una degradación creciente de las relaciones con la URSS. Así, por ejemplo, en 1963 Rumania rechazaba el proyecto CAER de crear un “organismo único de planificación” y las “empresas comunes” (CROITOR, 2014, p.141).

⁴ En lo que respecta al diseño inicial de la revolución cubana, Castañeda (1995, p.88) afirma lo siguiente: “Pese a todo, también es cierto que en la práctica y a los ojos de muchos latinoamericanos y cubanos, en los primeros años por lo menos, la revolución isleña representó una ruptura capital con el esquema soviético. La Revolución cubana era más libre, más democrática, desordenada, tropical y espontánea, así como intelectualmente más diversa y políticamente más liberal. Con el tiempo, la semejanza entre los modelos se incrementó y Cuba llegó a parecerse mucho más a la Unión Soviética. Pero al menos en las primeras etapas, era obvio que la

Ceaușescu, el segundo presidente de la Rumania socialista, y Fidel Castro se trabó una real amistad durante las visitas que los dos presidentes se hicieron: Fidel visitó Bucarest en 1972 y la pareja presidencial rumana le devolvió la visita un año más tarde, siendo recibido en La Habana con gran pompa⁵.

Las revistas culturales rumanas empiezan desde 1959 a reflejar fielmente los lazos de simpatía por Cuba y con una sugerente frecuencia acogen entre sus páginas poemas, ensayos y artículos escritos por los escritores cubanos, destacándose entre los poetas Nicolás Guillén y Fayad Jamís, muy presentes en la prensa cultural rumana. Multitud de artículos escritos por autores latinoamericanos o europeos sobre Cuba se traducen al rumano y Pablo Neruda se convierte en un verdadero heraldo de la Revolución cubana en Rumania, ya que aparecen vertidos en rumano varios poemas suyos dedicados a Cuba y a Fidel Castro, así como sus opiniones sobre este proceso revolucionario⁶. Es significativo también el hecho de la prensa cultural informa regularmente de los ganadores de los Premios Casa de las Américas y, a veces, se comentan atentamente en revistas como *Contemporarul*, *Gazeta literară* y *România literară*. Asimismo, resulta destacable la difusión de muchos libros cubanos y latinoamericanos relacionados con Cuba, aun cuando estos no se traducen al rumano. Es cierto, no obstante, que las noticias sobre las obras extranjeras obedecen, más que al gusto, al azar de las lecturas y de la posibilidad de procurarse los libros publicados en otros países, y en estas condiciones es todavía más impresionante el intento de los intelectuales rumanos de reflejar constantemente y con atención el horizonte cultural mundial, no sólo de los países socialistas sino también de los occidentales⁷.

discontinuidades rebasaban las identidades”. Por otra parte, en el caso de Rumania, la declaración de la autonomía con respecto a las políticas soviéticas tiene lugar en abril de 1964, cuando, a través de un documento elaborado por los dirigentes del Partido de los Obreros Rumanos se proclaman los principios de la soberanía y la independencia nacionales, la no intervención en los asuntos internos y la aceptación de la diversidad de condiciones del desarrollo de cada país. Esta tendencia se iba a afianzar en los siguientes meses, en las condiciones de la dimisión forzada de Jruschov y de los cambios políticos en Rumania debidos a la muerte repentina de Gheorghiu-Dej sucedida por la investidura como presidente del país de Nicolae Ceaușescu. La línea de la independencia con respecto a URSS y sobre todo la tendencia al comunismo nacional fue seguida y desarrollada por Ceaușescu, que, gracias a un complejo de circunstancias y especialmente debido a su crítica de la invasión soviética de Checoslovaquia en 1968, llegó a ser considerado el “rebelle del bloque de Este” y, a pesar de sus graves atropellos a los derechos humanos y a su estilo dictatorial, gozó durante más de una década de los máximos favores de los dirigentes occidentales.

⁵ La táctica de Castro de asegurarse el cargo de presidente de manera vitalicia, sin que su gesto pareciera un estratagemma dictatorial, sino más bien la asunción del “[...] papel del visionario, del personaje mesiánico cuya tarea es la realización del espíritu del pueblo” (SERRANO, 2000 citado por GALLARDO SABORIDO, 2009, p.76), iba a ser emulada por Ceaușescu, aunque en su caso el apoyo popular era, a diferencia de Castro en los primeros años, sin duda ficticio, por ser obtenido a través de la desafortunada propaganda del partido.

⁶ De hecho el poeta chileno es un gran amigo de Rumania, país que había visitado en 1962, en compañía de Rafael Alberti y Miguel Ángel Asturias. Una de las pruebas de su amistad la representa la antología *44 poetas rumanos*, que, a pesar de sus desperfectos, llegó a llamar la atención sobre la poesía rumana en el espacio de habla hispana. En *Confieso que he vivido*, Neruda (1974, p.259) aprecia que “[...] los poetas rumanos son los más valerosos y a la par los más alegres del mundo”.

⁷ En todas las reseñas, se trata siempre de crítica literaria regida por patrones estéticos, y no políticos. Por ejemplo, en una crónica, Andrei Ionescu (1973), no tiene reparos en observar la inmadurez literaria de las obras

Una de las pruebas de la rápida conexión rumana con la Cuba revolucionaria se aprecia en la casi instantánea elevación de la Isla revolucionaria a rango de destino –más que de viaje– de peregrinación a uno de los altares del socialismo “atípico” con respecto al modelo soviético. Igualmente, es preciso señalar desde el principio que el derecho de libre circulación es en la Rumania socialista un raro privilegio:

El entero período comunista se caracteriza por la existencia de un control estricto y permanente por la transformación del derecho de viajar al extranjero en una concesión, si no incluso en un favor concedido por las autoridades según unas reglas y criterios siempre inestables y opacos. (IORGULESCU, 2006, p.40).

En los años cincuenta, en el período de la represión más cruel, de tipo stalinista, se viajaba sólo de manera “organizada”, en “delegaciones” y, con las notables excepciones de ciertos encargados diplomáticos, obligatoriamente a las tierras del “Gran Amigo del Este” y, a veces, a China, Vietnam o Corea, y apenas más tarde a Cuba⁸. A partir de mediados de los años sesenta hasta principios de los ochenta en Rumania hay un leve crecimiento del turismo, gracias a la posibilidad dada a los ciudadanos rumanos de visitar los países del bloque del Este, siempre dentro de unas excursiones organizadas; pero las arbitrariedades con respecto a los permisos de salida afectaban incluso a las personas apuntadas en estos viajes. No obstante, de forma paradójica, los relatos de viajes empiezan a pulular, en proporción inversa a la capacidad de los rumanos de viajar al exterior. Como observa Alex Drace-Francis (2013), a pesar de que durante los años setenta el discurso nacionalista de Ceaușescu se vuelve cada vez más insistente y en el último decenio del régimen comunista el país se encontraba prácticamente aislado del resto del mundo, “[...] lo curioso es que el número de libros que describen viajes a otros países, incluidos los occidentales, no decrece en absoluto durante los años ochenta” (DRACE-FRANCIS, 2013, p.256). Según este estudioso, a través de estos libros de viajes (publicados en las tiradas enormes que eran típicas de la época), se intentaba crear la ilusión de un país libre y abierto, induciéndose

premiadas en 1973 por la Casa de las Américas; por su parte, A.E. Baconsky, un importante crítico rumano, reseña con atención la novela de Eduardo Desnoes *No hay problema* publicada en 1961, que en su país desató una de las primeras polémicas importantes con respecto a las consignas del realismo socialista (PIÑERA et al., 1962, p.5). Baconsky (1963, p.2) no se para en el mensaje revolucionario, sino que resalta los méritos literarios y augura a Desnoes, a partir de esta *opera prima* un “bello futuro como escritor”.

⁸ Los autores rumanos, a diferencia de los intelectuales occidentales, no viajan a URSS antes del fin de la Segunda Guerra Mundial, debido principalmente a la poca curiosidad que tienen acerca de un régimen instaurado justo al lado de sus fronteras y que más bien recelan que ansian conocer. La fascinación de los escritores franceses que viajan a URSS en los años ulteriores a la Revolución bolchevique, estudiado con pericia por François Hourmant (2000), no caracteriza a los rumanos antes de 1945. En cambio, los peregrinajes socialistas a URSS se hacen, de forma poco sorprendente, muy frecuentes después de la instauración del régimen comunista en Rumania: así, unos grandes autores interbélicos como Mihail Sadoveanu, G. Calinescu, Geo Bogza, Cezar Petrescu, Zaharia Stancu, así como unos jóvenes talentos surgidos después de 1945 (A.E. Baconsky, Ioan Grigorescu, Traian Coșovei etc.) viajan a URSS y algunos de ellos también visitan la China y otros países asiáticos comunistas, publicando a su regreso memorias de viajes cuya tonalidad es indefectiblemente elogiosa, lo que refleja bien la obnubilación con respecto a la política stalinista bien el autoengaño o incluso la hipocresía atemorizada que les marca en estos años duros.

así la aceptación del *status quo*. Los libros de viaje se publican en series especializadas: en 1956 se inaugura la colección *În jurul lumii* (“Alrededor del mundo”) en la *Editura Tineretului* (“Editorial de la Juventud”, fundada en 1952) y en 1973 se crea, dentro de la Central Nacional de Editoriales, la *Editura pentru Turism* (“Editorial para el Turismo”), cuyo nombre fue transformado en 1975 en *Editura Sport-Turism* (“Editorial Deporte-Turismo”).

Los viajes a Cuba tienen no obstante un cariz especial, debido principalmente al exotismo no sólo del país antillano, sino también de su sonada revolución. En 1960, cuando Gheorghe (Gogu) Rădulescu, ministro de Comercio Exterior, viaja a Cuba con una delegación para iniciar los trámites para la apertura de las embajadas, se firman los convenios de cambios comerciales, de colaboración técnico-científica y de colaboración cultural⁹, que en principio siguen siendo válidos hasta hoy. Así, ya a partir de ese año empieza a abrirse el sistema de becas para los cubanos que iban a recibir formación de varios niveles y varias especialidades en Rumania, y asimismo se inician los viajes de los escritores rumanos a Cuba. Si bien los mecanismos concretos de los intercambios quedan bastante borrosos debido a la ya mencionada pérdida de los archivos de la Unión de Escritores de Rumania, lo más probable es que los primeros viajes de escritores se organizaran a través del convenio marco firmado a finales de octubre de 1960, mientras que, más tarde, se realizaron a través del acuerdo entre las uniones de escritores rumana y cubana, al cual se hace referencia en los documentos de archivo consultados. Es notable también que el primer viaje de los escritores rumanos a Cuba se realiza en los últimos días de 1960, o sea a muy poca distancia del primer contacto oficial entre los gobiernos de los dos países, puesto que la visita de la delegación oficial rumana tuvo lugar entre el 20 de octubre y el 1 de noviembre de 1960 (ARCHIVOS NACIONALES RUMANOS, 1960. Este formato de viajes realizados de a dos y con una estancia de alrededor de cuatro-seis semanas va a perpetuarse a lo largo de los años. Asimismo, según se recupera de las memorias de viajes estudiadas, la ruta normal pasaba por Praga, Montreal y México, y el viaje de vuelta podía implicar a veces una parada en Madrid. Esta costumbre se mantendrá hasta principios de los años ochenta, según las informaciones obtenidas a través de los escritores entrevistados y de los artículos de la prensa cultural. Varias categorías profesionales tuvieron la ocasión de viajar a Cuba, gracias a los acuerdos bilaterales firmados a lo largo de los años, destacándose la presencia de los ingenieros rumanos en la Isla, el intercambio de médicos, la participación de los estudiantes en unos festivales socialistas, la visita de varios periodistas rumanos a Cuba, así como los intercambios entre el Instituto Rumano de Relaciones Culturales con el Extranjero (IRRCS) y el Instituto Cubano de Amistad con los Pueblos (ICAP). También hay testimonios sobre un viaje

⁹ Sobre los convenios culturales hay que observar que se trata de una iniciativa exclusivamente cubana, ya que en el informe redactado por el jefe de la delegación rumana se especifica: “En las negociaciones llevadas en el Ministerio de Asuntos Exteriores con el doctor Carlos Olivarez, se concretó el problema del establecimiento de las relaciones diplomáticas. Durante las conversaciones, el ministro Carlos Olivarez, en varias ocasiones, insistió en la firma, con la ocasión de la visita de nuestra delegación, de un convenio de colaboración cultural entre las dos partes, señalando que ya tienen cerrados tales convenios con otros países socialistas” (ARCHIVOS NACIONALES RUMANOS, 1960, f. 9-10).

organizado gracias a un acuerdo entre las Academias de Rumania y de Cuba, donde participó una importante traductora del español, Tudora Șandru, y también se organizó en 1985 un viaje de escritor fuera de la serie habitual (ya cerrada), cuyo destinatario fue Cornel Ungureanu, distinguido crítico de Timișoara¹⁰. Con estas excepciones, los viajes de los escritores tenían programas casi idénticos y, según los datos recogidos hasta la fecha, una veintena de escritores viajaron al país de Fidel, aunque no todos ellos dejaron constancia de su viaje por escrito. De hecho, como señalamos, no nos proponemos aquí sino destacar algunos de los textos escritos por los autores rumanos que, más allá de las similitudes y diferencias de las políticas culturales en el antiguo bloque socialista y la Cuba de los años 1960-1980, ponen de manifiesto las transformaciones del punto de vista sobre Cuba a lo largo de las décadas del socialismo rumano.

Del material revisado hasta este momento destaca por causa de su ardor con visos de sinceridad absoluta el primer libro de esta serie, escrito por Titus Popovici (1962) y titulado *Cuba – Territorio libre de América Latina*. Titus Popovici es un autor talentoso cuyas dos novelas –*El extranjero* y *La sed*– descuellan por su indudable mérito artístico dentro del árido panorama del realismo-socialista de los años cincuenta. Aunque los temas y las tramas de las novelas se inscriben perfectamente en los patrones de la épica pseudorealista, triunfalista y moralizadora estipulada por Zhdanov, la asimilación de las lecciones de los grandes rusos mancomunadas con las técnicas faulknerianas evitan al autor la etiqueta deshonorosa de realista-socialista. El talento del escritor se hace patente también en el libro-ensayo dedicado a Cuba, país al que el escritor llega el 30 de diciembre de 1960, por lo que le toca festejar la entrada en el año proclamado por Fidel como “Año de la Educación”. No sorprende, pues, el tono de exuberancia en la fiesta de la Nochevieja, festejada junto con once mil maestros voluntarios invitados por Fidel al “mayor banquete del pueblo” (POPOVICI, 1962, p.23), ni, ulteriormente, los fervorosos elogios acerca de las campañas de alfabetización. Popovici, que es un inigualable retratista, deja esbozos indudablemente logrados de policías, funcionarios, taxistas, maestros voluntarios, etc., a los cuales se siente vinculado fraternalmente. El libro respira, de hecho, por todos los poros una aceptación plena, carente de cualquier espíritu crítico, de la propaganda revolucionaria cubana. Escritor versado, Popovici sabe equilibrar las diatribas cruentas (dirigidas a los “imperialistas” norteamericanos) y las exaltaciones líricas (dedicadas a los héroes revolucionarios); asimismo sabe pasar con ligereza de las anotaciones alertas e impetuosas sobre el presente experimentado en primera persona a las evocaciones demoradas, amplias e informadas sobre el pasado de la Isla, especialmente del régimen de Fulgencio Batista, que pinta con matices goyescos, con la ayuda de unas estampas

¹⁰ Ungureanu cuenta en la entrevista realizada en marzo de 2017 que la invitación se debió a la visita de Ignacio Gutiérrez, que vino a conocer la vida teatral en Rumania y se quedó varios días en la ciudad de Timișoara, donde este crítico le sirvió de guía. A poca distancia de la visita de Gutiérrez, Ungureanu recibió una invitación personal para visitar Cuba. El crítico de Timișoara refiere que el viaje lo realizó solo, que tuvo un programa bastante estricto y estaba continuamente vigilado, de forma bastante molesta. En los ratos libres veía películas de Ingmar Bergman gracias a la mediación del novio de su intérprete y tenía bastante poca gente con quien podía conversar en francés. A su llegada, quiso retomar el contacto con los intelectuales conocidos allí pero, como la correspondencia se realizaba exclusivamente a través de la embajada rumana en Cuba, no consiguió nunca volver a tener noticias sobre ellos.

sugerentes, la mayoría de ellas escalofrantes. Una de ellas, tomada de la serie dedicada a los retratos de los torturadores sádicos de Batista, es concluyente:

Cerca de Santo Domingo Sosa Blanco detiene a una mujer mayor y a sus diez hijos. Tenía “informaciones” de que uno de ellos tiene relaciones con el ejército revolucionario. Le pide a la mujer que denuncie a su hijo. Ante su silencio altivo, Sosa fusila uno a uno a todos sus hijos, empezando con el menor, de un año de edad.

-¿Ahora hablas?

- Sí, ahora hablo. Ahora todos están con Fidel. (POPOVICI, 1962, p.119, énfasis original).

El estilo realista-socialista, tal como el del fascismo, no desestima los elementos de crueldad, precisamente para suscitar el contraste entre la irrecusable maldad de los enemigos y la intachada pureza de los héroes revolucionarios. Aun así, se da en Popovici una inclinación certera al detalle cruento, demostrada por su asistencia voluntaria a uno de los procesos revolucionarios terminados con la condena de los “gusanos” al paredón. A una madre que suplica clemencia, el presidente de la corte judicial la increpa:

¿Ud. no tiene ninguna culpa por que su hijo se encuentre aquí? ¿Por qué no supo inculcar en su alma ninguna fibra que vibre al amor patrio, al orgullo de ser cubano, a la dignidad y al honor de la patria? ¿Por qué llegó a venderse por unos cuantos dólares al enemigo mortal de nuestro país? (POPOVICI, 1962, p.299).

Es cierto que Popovici equipara la atmósfera del tribunal con la que se imagina haber sido la de la Revolución Francesa, pero el estilo documental, deliberadamente desapasionado a fin de lograr la máxima objetividad, hace difícil adivinar los verdaderos sentimientos del escritor frente a una escena de tanta carga emotiva. La abstención a pronunciarse sobre una práctica tan común en aquellos años en Cuba se puede comprender como un acuerdo tácito y como una inconfesable inclinación morbosa: la crueldad, si se dirige contra los enemigos, no sólo es admisible, sino incluso aconsejable. De hecho, desde las primeras páginas se desprende una evidente sensibilidad por el tipo –en aquel período totalmente aceptable socialmente– de belleza guerrera, pues el escritor se demora en los retratos de los jóvenes armados hasta los dientes, rebosantes de energía, voluntarismo y certeza en sus valores. Este tipo de belleza tiene innegables raíces en el imaginario fascista, apoyando la tesis de una síntesis stalino-fascista defendida por Vladimir Tismăneanu y argumentada por Caius Dobrescu¹¹. Popovici (1962) relata varias anécdotas relacionadas

¹¹ Tismăneanu (2001) propone para explicar el comunismo nacionalista de Ceaușescu la síntesis “stalino-fascista”, que de hecho ya había sido practicado en la URSS, donde el internacionalismo socialista inicial dio paso al nacionalismo exacerbado, con Zhdanov y más tarde con Brejnev. Caius Dobrescu (2007), a su vez, argumenta que esta síntesis es de hecho un fenómeno global. Lo explica señalando que el revisionismo marxista de principios del siglo XX va incorporando “temas vitalistas y energetistas, inclusive la apología de la violencia como forma de autoconocimiento y autorrevelación”, lo que a través del influjo de unos autores como Georges Sorel y Vilfredo Pareto lleva a la constitución del “ala de izquierda del nietzcheanismo”. Por su parte, la exaltación

con los voluntarios de la Escuela Revolucionaria de Artillería, con mucha probabilidad visitada durante su estancia. (Las experiencias directas y las informaciones recibidas de otros se relatan con el mismo estilo llano, impenetrable a las dudas, por lo cual se pueden confundir). Según una de estas anécdotas, tres de los voluntarios quisieron retirarse y poco tiempo después volvieron llorando a lágrima viva y pidiendo que los reincorporaran, porque sus colegas, padres y esposas los reprendieron de tal forma que no pudieron soportar la humillación y decidieron regresar. Si bien los testimonios de Reinaldo Arenas (2005, p.79) en su libro *Antes de que anochezca* no son del todo fiables, su evocación acerca de un voluntario que “tenía miedo a rajarse” de los campos de adoctrinamiento revolucionario es capaz de arrojar dudas sobre la veracidad de las informaciones de Popovici. Un crítico rumano observa justamente: “El libro sobre Cuba [de Titus Popovici] estaba listo antes de que el avión aterrizara en La Habana. Listo no en el sentido de estar ya escrito, sino en el sentido de que el único aspecto que justifica su existencia (el armazón ideológico, que determina su cartografía ficticia) existía ya como prefabricado” (IOVĂNEL, 2006, p.49).

Aunque Popovici no nombra a su compañero de viaje, en varias ocasiones emplea el plural al relatar las experiencias vividas en la Isla. Las investigaciones adyacentes hacen descubrir a este compañero en la persona de Dumitru Popescu, apodado “Dios”, por ser el director del servicio de propaganda y el jefe absoluto de los autores intelectuales del desafortado culto personal a Ceaușescu, “el megáfono de este culto, su más incondicional legitimador” (TISMĂNEANU, 2011). Según lo revelan los documentos y los testimonios de la época, Dumitru Popescu poseía una inteligencia fría que lo hacía despreciar a los inferiores jerárquicos y tratarlos con una temible superioridad. Su declarada hostilidad al dogmatismo stalinista de los años cincuenta no le impidió ser el artífice del nuevo dogmatismo, relacionado con el nacional-stalinismo de la época de Ceaușescu. Dumitru Popescu publica sus memorias del viaje Cuba en un libro publicado, como el de Popovici, en el mismo año 1962 y en la misma editorial, pero estas memorias las complementa con otros dos textos del mismo tipo, relacionados con su viaje a Iraq y Egipto, resultando así *Impresii de călător – Egipt, Cuba, Irak* (Impresiones de viajero: Egipto, Cuba, Iraq) Leyendo en paralelo los dos textos, el de Popovici y el de Popescu, se observa que la prosa del último es mucho más seca y desangelada: su crónica insiste demasiado en la historia de Cuba y acude a una vasta bibliografía, que maneja no obstante con bastante torpeza, y en cuanto a los detalles sorprendidos en su viaje de 1960-1961 se destaca la atención dada a lacras del antiguo régimen (la prostitución, la opulencia de los poderosos del régimen Batista, la miseria en que viven los pobres) y la constante reafirmación de la esperanza de que todas estas injusticias desaparecerán pronto gracias a la Revolución. Se debe decir que, desde el punto de vista literario, el escritor no capta detalles muy significativos. Mientras

del pueblo, asimilado por los stalinistas con la clase obrera y visto como la propia encarnación de la autenticidad y espontaneidad es otra intersección de las dos corrientes ideológicas. Por fin, la síntesis de los años sesenta entre el marxismo y el nietzcheanismo, injerta en el discurso antiimperialista fomentado por la nueva cultura pop, obedece al mismo patrón del barroco “stalinista-fascista” (DOBRESCU, 2007). Es innegable también que la tanatofilia, que es un rasgo definitorio del fascismo según Eco (1995), es nuclear en la revolucionaria cubana que vehicula el eslógan “Patria o muerte”.

que *Cuba – territorio libre de América* presenta una imagen convincente de la Cuba al inicio del “Año de la Educación”, *Las impresiones de viajero* de Popescu (1962) son una construcción bastante insípida, con muchos datos históricos enumerados sin gracia y con una limitada fuerza de sorprender la realidad cubana de esos tiempos.

La cultura rumana pasa por un momento de cambio acusado a mediados de los años sesenta, cuando se habla de un “relativo deshielo”, debido principalmente a la jubilación o desaparición de los antiguos dirigentes culturales educados en el estilo del Proletkult, la apertura de nuevas revistas y editoriales, la aparición de una generación literaria poco o nada afectada por las depuraciones del decenio anterior. Los viajes a Cuba iniciados a principios de esta década siguen su curso y es notable el hecho de que los felices elegidos no son sólo autores bucarestinos vinculados a la alta esfera del poder político, sino también varios escritores provincianos, de notoriedad, éxito o relieve político bastante desigual. La lista de los viajeros a Cuba, establecida, en ausencia de los datos claros proporcionados por los archivos de la Unión de Escritores de Rumania, a través de los textos publicados en las revistas culturales rumanas y las entrevistas realizadas entre 2017 y 2018, es más bien heterogénea, incluyendo autores de varia edad y peso cultural: Titus Popovici, Dumitru Popescu, Darie Novăceanu, Mihnea Gheorghiu, Nicolae Prelipceanu, Edgar Papu, Platon Pardău, Anghel Dumbrăveanu, M. R. Iacoban, Constantin Coroiu, Francisc Păcurariu, Ovidiu Genaru, Aurel Covaci, etc. El conocimiento del español no es una obligación: viaja, es cierto, un gran traductor y políglota como Aurel Covaci (en 1980); viaja (en 1969) el “hispanista-estrella” del régimen comunista, el poeta Darie Novăceanu; también viaja Mihnea Gheorghiu, traductor al rumano de *Cien años de soledad* a pesar de no hablar el español y ser especialista de la literatura inglesa. La mayoría de los viajeros no saben español, pero disponen de intérpretes muy avezados en la Isla.

Gracias a la relativa abundancia de testimonios escritos sobre Cuba se puede rastrear un paulatino abandono del entusiasmo ideológico inicial, si bien la fascinación por el exotismo cubano permanece intacta. Darie Novăceanu se hizo famoso por una reconstitución poética de Góngora y por la traducción de un sinnúmero de importantísimas obras latinoamericanas, si bien su poética traductiva se basaba más bien en una reescritura poética que en una honesta labor de recomposición (así intentamos explicar, sin malicia, los graves errores cometidos en la primera traducción que hizo al rumano de los más famosos cuentos borgeanos, así como los graves desperfectos de la versión rumana de *Piedra de sol* de Octavio Paz). Gracias a su confianza en sus dones y a su buena posición en el mundo literario, Novăceanu consiguió construirse cierto renombre en el país y también en el mundo hispánico (por ejemplo, es miembro del jurado del Premio de Casa de las Américas de poesía en 1968, junto con José Lezama Lima y Caballero Bonald). En la serie de “Cartas de Cuba” que publica por entregas en los números 12-24 (con la excepción del número 20) de *Gazeta literară* de 1968, Novăceanu escribe un reportaje que se encuentra a enorme distancia de los panegíricos que Titus Popovici dedica a la Revolución cubana. Su prosa es, al contrario, reconcentrada, ensimismada y viene marcada desde el principio por el signo de la soledad y el aislamiento forzado en un tenso mundo interior. El relato sobre el viaje en avión es pura introspección de matices existencialistas, centrada en el tema de la soledad y, con él, la insinuación de la

vanidad de los viajes. A diferencia de Popovici, a Novăceanu parece costarle escribir sobre la realidad circundante: se refiere a la omnipresencia del retrato de Che Guevara en La Habana, pero prefiere transcribir una carta del guerrero argentino dirigida a sus padres antes de morir. Dedicar una carta elogiosa a la Casa de Las Américas y a los Premios de esta institución, y, sin duda influenciado por sus anfitriones, alude a la implicación de los Estados Unidos en la organización del Premio Rómulo Gallegos en Venezuela, que iba a representar una competencia seria con las palmas cubanas. Es cierto que el estilo alusivo del escritor rumano hace difícilmente comprensible para un lector rumano medio el complicado juego de poder referido en el texto y uno se pregunta cuál es la verdadera posición de Novăceanu con respecto al otorgamiento del Rómulo Gallegos, en su primera edición de 1967, a Mario Vargas Llosa por su *Casa Verde*. De todas formas, después de estas dos cartas inspiradas de la realidad inmediata, el poeta rumano vuelve a sus preocupaciones librescas y dedica cuatro cartas enteras, que esta vez parecen escritas con mucho mayor placer, a la visita a la casa de Hemingway de la finca Vigía, lo que le permite explayarse en minuciosos ensayos críticos sobre la obra del escritor norteamericano. La carta que finaliza esta serie es la conversación sobre la vida y el destino con un pescador de Cojímar, Quique, que inspiró a Hemingway su novela *El viejo y el mar* y que actuó como figurante y ayudante en la película protagonizada por Spencer Tracy. El poeta rumano toma de nuevo la actitud del intelectual cuya conciencia atribulada contrasta con la espontaneidad y optimismo del viejo pescador. Después de una carta que aborda en el mismo estilo alusivo y hermético un tema de la realidad circundante, esta vez relacionado con la presencia del buque norteamericano Oxford en las costas habaneras, el escritor da una extraña relación sobre un rito abakuá en el que participa durante una noche gracias al azar de las circunstancias. Es notable el hecho de que aborde un tema así en relación con un país cuyo régimen rechaza las manifestaciones religiosas como mixtificaciones oscurantistas, aunque es cierto que el poeta sabe introducir este relato dentro de una reflexión sobre el carácter central del ritmo en la cultura cubana, tema sobre el cual seguirá hablando de forma docta e informada, con largas citas de Fernando Ortiz entre otros, a lo largo de las siguientes dos cartas. La serie de cartas de Cuba termina de forma bastante extraña, por la exclamación del poeta de que en Cuba volvió a “descubrir la vida pura” (NOVĂCEANU, 1968, p.8) y de que este país tropical le atenuó hasta la curación las indisposiciones derivadas de una carga libresca excesiva y de un intelectualismo agobiante. Se observa así que, al dirigir la mirada hacia el interior, Novăceanu se ubica en una posición que pretende ser apolítica y evita abordar temas como el control de la policía política, la desigualdad y la pobreza que empieza a descollar, temas que, de hecho, con mucha probabilidad, habrían sido censurados tanto en Cuba como en Rumania.

En este orden de ideas, merece mencionarse el retiro de las librerías, en 1973, a poca distancia de su publicación, del libro de Platon Pardău aparecido en 1972 y titulado *Diciembre en Cuba*, que presentaba, en un reportaje llano y detallado, su experiencia en la Isla. La causa del retiro no estribó en la censura rumana, reestructurada desde hacía pocos años, sino que se debió al aparato de censura cubano, que observó un desliz inaceptable con respecto a la línea trazada por su aparato de propaganda y cultura, verbigracia la mención del número excesivo de vigilantes de la policía en varios lugares y especialmente

en la playa de Varadero. Esta realidad es referida en múltiples ocasiones por Jorge Edwards (2008) en *La casa de Dostoiévsky*, donde el escritor chileno da forma novelesca, en uno de los apartados del libro, a su experiencia como encargado de negocios en la Embajada chilena de Cuba, algo también abordado en la obra autobiográfica, todavía más conocida, *Persona non grata* (EDWARDS, 1973). De hecho, observado por un lector normal, que no practica el tipo de lectura paranoica propia de los censores, el libro de Platon Pardău (1972) no tiene elementos subversivos y todos los elementos que podrían interpretarse como observaciones críticas provienen de la propensión a un análisis lúcido basado en una melancolía tenaz, que no deja lugar a exaltaciones. La introspección atribulada, que caracterizaba las notas de viaje de Darie Novăceanu, despunta también en el libro de Pardău, que, en vísperas de su viaje realizado en 1971 y designado como “uno de los grandes viajes de mi vida”, no deja de lamentar su condición atormentada no tanto por la soledad, sino por “[...] la no-soledad, [el hecho de] que de tantas formas no consigo pertenecerme a mí mismo” (PARDĂU, 1972, p.5). La rebelión sorda contra la falta de independencia y contra la intromisión de las voluntades ajenas en la vida del escritor, a la que se hace referencia en las primeras páginas, no se debe ver aquí como una alusión solapada a la situación política rumana (aún más cuando la época se destacaba por el mayor grado de apertura durante el período socialista), sino que es más bien el reflejo de una conciencia atravesada por pesadillas, neurosis y zozobras. Así, ni el primer contacto con una realidad tan exótica como la de La Habana le atenúa a Pardău (1972, p.13, p.16) el sentimiento dominante de intranquilidad (“No me doy cuenta de qué siento con la excepción de la inquietud. Solo eso. Inquietud”) ni la música cubana le induce la alegría (“la música tropical me incita a tristezas inútiles”). Sin embargo, el escritor apunta todos los detalles de su viaje con escrupulosidad y comenta la realidad que capta con la objetividad que le permite su situación de viajero a un país cuyo idioma desconoce y cuyos anfitriones quedan, al menos al principio, bastante vagos. Pardău (1972, p.16) apunta que “[...] ni en la [primera] cena de cierta forma oficial conseguimos saber quiénes exactamente son nuestros anfitriones” y que “no se [les] comunica el programa de [su] estancia en Cuba”, por lo que se deduce el grado de nebulosidad, para los propios beneficiarios, de los intercambios de escritores entre Rumania y Cuba en este período. Si en los primeros días de su estancia Pardău y su compañero, alojados en el legendario hotel Riviera, tienen cierto margen de independencia, encontrándose, por ejemplo, con el pintor rumano Sandu Darie, afincado en Cuba y bien situado en el paisaje artístico socialista cubano, o haciendo a pie un largo viaje por La Habana aparentemente sin tener ningún acompañante oficial, poco a poco el carácter organizado del viaje empieza a acusarse. Los escritores visitan varios museos de la ciudad, conocen una escuela secundaria de perfil agrícola, pasan un día y una noche en la aldea turística de Guama, visitan la casa de Hemingway, quedan varios días en la playa de Varadero, viajan a Soroa, Cienfuegos, Trinidad y apenas en los últimos días, al volver a la capital, se encuentran por fin con sus colegas escritores, al entrevistarse con Nicolás Guillén y al visitar la Casa de las Américas. Pardău no pone en duda los beneficios del socialismo y elogia la solidaridad entre los países del Este con Cuba, que contribuyó al desarrollo industrial de la Isla, pero no tiene reparos en retratar con cierta malicia a cierto representante local del ICAP que le parece

“contento de sí mismo, de su sentido en la tierra, de los poderes que, probablemente, posee” (PARDĂU, 1972, p.62). Asimismo, no le parece inadecuado relatar una anécdota sobre el celo excesivo de los organizadores del viaje, que, en una sesión de pesca, al comprobar que los invitados no consiguen capturar nada, recurren a una treta y meten en el anzuelo un pez tomado de la caja de provisiones, simplemente para complacer a los visitantes. La observación de estos detalles no es necesariamente el reflejo de una desconfianza en el régimen castrista en particular o en el socialista en general, sino más bien el efecto de una sensibilidad muy acusada por la “inautenticidad”, la hipocresía y la falsedad, lo que se comprueba también en el comentario sobre las estatuas del parque de Guama, donde los personajes-tipo representados (la madre, el pescador, el niño, etc.) le provocan una meditación sobre “[...] la trágica inutilidad de la existencia, la prueba de que lo que queda es el no ser del cual se puede componer cualquier cosa” (PARDĂU, 1972, p.78). A diferencia de Titus Popovici, que exaltaba la belleza guerrera de los jóvenes armados, el autor de *Diciembre en Cuba* mira con ojo crítico la presencia de los guardianes con pistolas y cananas que vigilan los museos o cierto pasillo de un hospital y copia no sin cierta ironía una inscripción cubana que reza “La lucha armada es el camino a la libertad” (POPOVICI, 1962, p.20). La época “heroica” del guerrero por la justicia ya se veía desde el bloque socialista europeo como pasada de moda o, al menos, apta para ser relativizada. De hecho, el retiro del libro de las librerías parece que se debió a estos breves apuntes sobre la vigilancia continua, ya que en la playa de Varadero, donde los escritores rumanos se ven forzados a quedarse más días de lo previsto, por causa de las condiciones meteorológicas desfavorables, Pardău (1972, p.68) registra la presencia de los vigilantes con desazón: “Somos prisioneros de esta orilla lamida por las aguas infatigables del Atlántico. Soldados vestidos de verde aceituna nos vigilan desde un pequeño bosque de pinos”. Esta observación, junto con otras referentes a los guardias omnipresentes en Cuba, es con mucha probabilidad el fruto de la sorpresa, ya que, en 1971, cuando el escritor rumano visitó la Isla revolucionaria, este elemento de “color local” socialista no existía aún en Rumania, hecho que se compensará con creces ulteriormente, puesto que en los años ochenta la presencia de los jóvenes paseantes –llamados, por razones desconocidas, “los mozos de ojos azules” y que eran miembros de la temible policía política rumana, *Securitatea*– iba a adquirir un lugar central en la vida diaria de los rumanos.

A principios de los años setenta, de hecho, se cogían los frutos de los años de deshielo cultural y las actitudes con respecto al compromiso socialista eran diversas: se aceptaba tanto cierto aparente apolitismo como las manifestaciones de entusiasmos con respecto a la ideología oficial. Si bien en el libro de Pardău unos censores demasiado suspicaces podían encontrar elementos inconvenientes para la propaganda comunista, eso no se debe sino a su recelo excesivo, puesto que el escritor rumano no da señas de sentir presión política alguna, mientras que la única presión está ligada a la sinceridad absoluta consigo mismo. En cuanto a su compañero de viaje (nunca nombrado en el libro *Diciembre en Cuba*), que, gracias a la investigación de los archivos de las revistas literarias, colegimos ser el gran erudito, autor de importantes libros de la historia de la cultura y, entre otros, el traductor del segundo libro del *Quijote*, Edgar Papu, este se limita a escribir un texto brevísimo, publicado en *România literară*, donde, en unos

cinco párrafos, presenta la Casa de las Américas, a la cual elogia como “uno de los grandes centros de cultura del mundo” y “uno de los focos creadores de la actualidad mundial” (PAPU, 1972, p.17). El texto es más bien informativo y se para en la actividad de esta institución cultural, despachando su experiencia de viajero con la amable expresión de “inolvidable viaje a Cuba”, nombrando con afecto a los colegas Eliseo Diego, Nicolás Guillén y Roberto Fernández Retamar, que le guiaron en su visita por la institución, y pasando por alto todas las demás experiencias turísticas proporcionadas por los demás anfitriones de la Isla, que sin duda pasaron más tiempo con el ilustre invitado. Edgar Papu escribe pues de lo único que, en su calidad de hombre de letras, le interesa en Cuba y resiste sin problemas a la tentación de narrar algo de su experiencia interior, así como tampoco se siente obligado a aludir de alguna forma a la situación política cubana.

A diferencia de estas posiciones que se pretenden apolíticas, entre las memorias de los viajes a Cuba se encuentran también expresiones sinceras de entusiasmo, aparentemente carentes de cualquier tipo de coacción, por la causa del socialismo y un ejemplo de esta actitud se da en el libro *Din Azore în Antile (De las Azores a las Antillas)* de Mircea Radu Iacoban, publicado a finales de 1973, donde el escritor de Iași relata su viaje realizado en enero-febrero del mismo año en Cuba. En este libro faltan por completo las referencias a los encuentros con los escritores y en cambio se da mucho espacio a las visitas realizadas en las nuevas fábricas, granjas y tierras de cultivo, cuyo rendimiento y excelencia se celebran, refiriéndose cifras y porcentajes detallados para demostrar los enormes logros realizados desde el inicio de la Revolución en comparación con los tiempos anteriores a esta. El autor, que tiene un estilo ágil y eficaz, narra sus experiencias con una amenidad muy apropiada para la naturaleza de este texto, y, entre las microcrónicas dedicadas a los lugares (la ciudad de Trinidad y Nuevitas, la cueva Bellamar, el lago Minerva de Santa Clara, el parque nacional de la península Zapata, etc.), refiere con orgullo cómo encuentra la inscripción “Made in Romania” (IACOBAN, 1973, p.110) en el vagón de la fábrica azucarera *Ciro Redondo*, cierta marca de producción rumana en unas maquinarias de sondeo, así como se entusiasma cuando se encuentra con rumanos o cubanos egresados de universidades rumanas¹². El autor, que describe con minucia la vegetación y anota con sincero afán de instruirse los nombres de los árboles y de los lugares, no se refiere casi nunca a los encuentros con los escritores y, con la excepción de dos poemas de Nicolás Guillén citados con parquedad, parece desinteresado de la vida literaria de la contemporaneidad. En cambio, se detiene en el último capítulo en la descripción de la casa de Hemingway, cuyos objetos los considera un verdadero revelador para entender al hombre que escribió *El viejo y el mar*, siendo este prácticamente el único momento en que el escritor de Iași incursiona en el espacio libresco y escribe un microensayo crítico sobre la obra del autor norteamericano. Cuando no registra las realizaciones de la Revolución (prácticamente no existe nada negativo en la Cuba del 1973, con la excepción de los

¹² Así quedan registrados el encuentro con un técnico de Braşov que asegura la asistencia técnica de unos 1500 camiones “Bucegi” introducidos en las provincias de Camagüey y Las Villas y la emoción de escuchar el saludo en rumano lanzado por un cubano que había cursado dos años en la escuela de medicina veterinaria de Băneasa o la de hablar en su lengua materna con un geólogo cubano formado en Bucarest y casado con una rumana.

mosquitos y del marabú lujuriente) y cuando no las contrasta con la situación desastrosa del período anterior a esta, Jacoban se deja llevar por sus sentidos fuertemente afinados, dejando que la vista, el tacto o el oído tejan la narración y, así, su testimonio sobre el viaje a Cuba resulta ser el de un escritor que cree sinceramente en la superioridad del socialismo desde el punto de vista económico y social, y que no nota ninguna incompatibilidad entre este sistema y la libertad de expresión en el ámbito cultural. Se puede deducir de hecho que en estos años “duros” (GALLARDO SABORIDO, 2009, p.164) del “Quinquenio Gris” (FORNET, 1995, p.15), los viajes de los escritores extranjeros estaban organizados de modo diferente por los anfitriones cubanos, destacándose la profusión de los objetivos turísticos presentados y el afán de hacer conocer los logros económicos y sociales, a lo mejor con el fin de limitar los contactos directos con los miembros del gremio o simplemente para provocar de la manera más simple posible, en unos escritores con posturas ideológicas afines, la apreciación elogiosa.

Cuba pasa por estos años por unos experimentos dramáticos, entre ellos “la gran zafra”, a la cual la Unión de Escritores de Rumania envía al poeta Ion Gheorghe, “como reportero agregado al equipo técnico” (POSTELNICU, 2013, p.89) que iba a unirse al gran esfuerzo cubano de conseguir los diez millones de toneladas de caña. El fruto de esta experiencia es el libro de poemas *Avatara* de 1972, escrito por Ion Gheorghe entre Cuba y Bucarest, que, a pesar de sus desperfectos y sus imágenes que quedan muchas veces atascadas en frases incoherentes, está atravesado por un indudable vigor lírico que transmite el impacto que tuvo sobre él por un lado la participación voluntaria en este gran empeño colectivo y por otro lado la lectura de los libros de Che Guevara, a la cual se entregaba en los ratos libres. Ion Gheorghe, cuya obra está vertebrada por su sensibilidad especial por lo arcaico y que exalta el sentir campesino no afectado por la industrialización, escribe en *Avatara* una suerte de diario poético sobre el fracaso de la zafra de los diez millones de toneladas, que, no obstante, inevitablemente, se convierte en un triunfo:

No se harán diez millones: sino ocho y medio –
el último es el más glorioso:
las montañas de azúcar no son mausoleos: millones de obras de construcción:
ni el comandante ni las muchedumbres cayeron:
hicieron su marcha hacia el mar andando a pie –
pero la pirámide sin terminar es la medida de nuestra misteriosa
era, el rostro no mistificado de esta desconocida era. (GHEORGHE, 1972,
p.130-131).

Poco a poco, Che Guevara, el héroe muerto en Bolivia, se convierte en una suerte de Virgilio que le da consejos desde la ultratumba y le confirma que la mayor virtud de todas es la laboriosidad: el penúltimo verso del vasto poemario es “porque antes de todo es un hombre trabajador” (GHEORGHE, 1972, p.150). Así, Che le reinsufla fe en los ideales revolucionarios, cuyos signos de agotamiento en el bloque socialista no afectan para nada al poeta Ion Gheorghe, que siente una comunicación visceral con los cubanos gracias a su común condición de campesinos trabajadores:

Los campesinos, sombreros en la hierba; nidos tupidos de grullas [...] Adondequiera que vayan – van con la cara hacia el mar; Tienen un ojo invencido que los atiza a buscar su huella en la orilla: pasan por los mítines, sacan sus sombreros de la cabeza; reciben los discursos con una sabiduría sin límites – aunque aprenden todo antes de la palabra; aunque lo dijeron todo antes de los que saben – escuchan como si se duermen... (GHEORGHE, 1972, p.96-97).

Como se ve, la impronta dejada por Cuba en la conciencia de Gheorghe se debe tanto a la experiencia directa como a la mediada discursivamente y el discurso revolucionario cubano encuentra en la conciencia del poeta rumano una caja de resonancia privilegiada. A diferencia de Mircea Radu Iacoban, Gheorghe tiene una conciencia atribulada, dramática y para él la experiencia cubana dista totalmente de una práctica turística organizada: su contacto con la tierra isleña y sus habitantes campesinos es sobre todo una forma de adentrarse una vez más en la tierra ancestral común y de visitar un pasado mítico. El jugo de la caña le evoca, por ejemplo, el gusto y el olor de la savia del maíz en su infancia y el sentimiento de comunión se debe a la pertenencia de todos los participantes en la “clase primordial” de “los que trabajan” (GHEORGHE, 1972, p.13), concepción que debe casi nada a su instrumentalización por la propaganda comunista y que procede genuinamente del imaginario propio del poeta Gheorghe, que, como decía un crítico, tiene una incomparable “intuición del pasado remoto”, gracias a su “competencia en lo arcaico de las civilizaciones rurales” (ȘTEFĂNESCU, 2002, p.18).

De forma completamente diferente toma el viaje a Cuba el escritor Ovidiu Genaru, que viaja a Cuba en 1980 junto con el mencionado traductor Aurel Covaci y que publica a su regreso un corto pero logrado reportaje sobre su viaje, que, a diferencia de la mayoría de los testimonios escritos, tiene mucho humor. La crónica se hace desde la perspectiva de un *naïf* provinciano (Genaru vive en la ciudad de Bacău) que tiene dificultades inmensas de entender la nueva realidad, demasiado exótica para él. El calor tropical, la exuberancia de la vegetación, el olor “dionisiaco” y la sensualidad caribeña lo dejan atónito (“soy todo un asombro de pies a cabeza, un papamoscas”), y le arrancan esta memorable greguería: “En Cuba las flores son tan carnosas que deberían llevar traje de baño” (GENARU, 1981, p.19). El deslumbramiento que tiene ante tanta diferencia cobra posibles acentos subversivos, tanto más cuando los rumanos de la época estaban ya acostumbrados a leer los textos a manera de hermeneutas, buscando detrás del discurso “correcto” todas las indicaciones a una realidad ocultada por la propaganda. Así, la admiración por el lujo excesivo del famoso hotel Riviera, donde se alojaban los huéspedes importantes (y donde, según Edwards en *La casa de Dostoievsky*, algunas parejas escogidas recibían como regalo de boda una estancia de un día), parece contener la sugerencia del contraste entre este boato y las condiciones de vida del común de la gente. Al referirse a la naturaleza indómita, que ataca incesantemente todas las construcciones humanas, nota de paso la confesión de su traductora Cristina, también interpretable en doble sentido: “[...] un día me echaba la siesta, dormía y de repente me despertó el ruido de la mampostería al caer” (GENARU, 1981, p.19). Despacha con cierta rapidez, pero sin descortesía, los encuentros diarios en

la UNEAC, con el pretexto de que todos los escritores comparten la misma problemática, en cambio enumera con júbilo infantil la profusión de comida y especialmente de fruta exótica que reciben en el restaurante y apunta que, dado que todo es a discreción, tanto él como muchos otros huéspedes del bloque del Este se llenan hasta más no poder de estos productos tan escasos en sus países. La gente retratada por Genaru no es ni la juventud arrojada de Popovici ni los sabios oscuros de Novăceanu o de Gheorghe, sino unas personas acostumbradas a vivir sin dirección fija, tal un negro viejo sentado en una silla en la acera que mira al vacío, tal unas jóvenes bonitas que comparten un cigarro en el vestíbulo del hotel, donde, por lo demás, mucha gente acude para simplemente aprovechar el aire acondicionado. El sintagma que dio nombre al libro de Popovici vuelve en el texto de Genaru (1981, p.19), pero en un contexto que igual podría contener cierta ironía: “La Perla de las Antillas se llama Cuba. Cuba es el territorio libre de América Latina, como nos anuncia con justificado orgullo Radio Reloj casi a cada minuto”. Por fin, en relación con la casa de Hemingway, a la cual Novăceanu dedicaba tanto espacio (libresco) y que tanto Pardău como Iacoban mencionaban en sus textos, Genaru (1981, p.19) dice que “[con Eliseo Diego] hablamos un montón y de todo”, usando la expresión rumana *vrute și nevrute* (“cosas deseadas y no deseadas”), que igual podría sugerir la relajación de la vigilancia y la posibilidad de hablar libremente sobre los temas políticos. En cuanto a compañero de viaje de Genaru, Aurel Covaci, este no dejó constancia de su viaje, como prueba de que los escritores invitados a Cuba no estaban obligados a relatar en las publicaciones literarias rumanas la experiencia cubana proporcionada por este programa de intercambios. (De, hecho, como vimos, Edgar Papu tampoco escribió sobre su experiencia cubana, ya que se limitó a la presentación, entusiasta pero también objetiva, de Casa de las Américas). Aurel Covaci es sin duda uno de los traductores más impresionantes no solo de la cultura rumana, sino sin duda de la europea también, ya que tradujo de nada menos que trece lenguas y se propuso realizar obras de gran dificultad (entre ellas *Os Luísadas* de Camões, *Martín Fierro* de José Hernández, *La Jerusalén libertada* de Torquato Tasso, el teatro de Corneille, Lope de Vega, Tirso de Molina). Aurel Covaci tradujo a José Martí y su antología de versos, acompañada de un detallado prólogo escrito por el propio traductor, salió en 1974. Es probable que traducido con gran talento, como todas las obras realizadas por Covaci, haya contribuido a la integración del gran traductor en los intercambios de escritores rumanos y cubanos, justo antes de su suspensión, sin duda alguna, por razones financieros.

Una prueba suplementaria de que los viajes de los escritores a Cuba no suponían una obligación ineludible de comentarlo por escrito la da un corto artículo publicado por el poeta Nicolae Prelipceanu con mucha posterioridad al viaje que realizó a Cuba en 1977, en compañía de Darie Novăceanu. Este artículo, escrito en 2014, no puede formar parte de la serie de impresiones de viajes que comentamos hasta aquí, simplemente porque carece de todas las estrategias de ocultación o autoengaño de los textos escritos en el período socialista. A treinta y siete años de distancia, Prelipceanu puede hablar sin rodeos y, aunque reconoce que a tanta distancia temporal sus memorias ya se encuentran “veladas” (PRELIPCEANU, 2014, p.24), igual evoca la enorme pobreza del país, revelada por unos detalles sorprendidos con agudeza de escritor versado. Así, relata el encuentro

de un estudiante de medicina que, invocando la escasez de ropa en Cuba, insistía en que el poeta rumano le vendiera sus pantalones vaqueros; también habla del tocino poco apetitoso que los cubanos recibían con la libreta de racionamiento. Evoca también las “colas inmensas, parecidas a las del Museo del Louvre o del Vaticano, que se hacían para comprar... crepes” (PRELIPCEANU, 2014, p.24) y habla con ternura de una pareja de periodistas que le confesó que su dieta estaba basada exclusivamente en crepes para permitirle a una tía suya comer los alimentos obtenidos con las libretas de racionamiento. El tono es amargo, la condena de todos los regímenes socialistas es inclemente y el escritor no desperdicia la ocasión para reprobar a los simpatizantes de una izquierda que tiende a disculpar a los dirigentes cubanos, al achacar el desastre económico al mal llamado “bloqueo” (PRELIPCEANU, 2013, p.23) organizado por los EEUU. El poeta afirma que, a su regreso de Cuba, contempló en repetidas ocasiones la idea de escribir un texto sobre su viaje a la Isla, pero abandonó este proyecto porque se dio cuenta que su intención de escribir “sin mentir ni esconder demasiadas cosas” resultaba imposible “en las condiciones creadas por la censura comunista” (PRELIPCEANU, 2014, p. 24). Bajo la luz proyectada por esta evocación tardía, los textos publicados a corta distancias del viaje realizado a Cuba a través del convenio bilateral se leen de forma distinta: los silencios, la cortesía distante, las esquivas, la ironía o el propio exceso de entusiasmo se proyectan sobre una realidad cubana que los escritores rumanos están dispuestos a ver y reflejar de forma siempre distinta.

Concluimos aquí este artículo, que no se propone agotar el tema, sino solo mostrar que, en ausencia de una obligación de consignar su experiencia cubana, los escritores que escriben sobre Cuba en el período socialista producen un corpus muy heterogéneo tanto desde el punto de vista genérico como desde el punto de vista de la adhesión a la ideología comunista. Los viajes modernos, desde Montaigne, siempre han comportado una doble dirección, hacia el interior y hacia el exterior, puesto que el contacto con lo no familiar representa una manera privilegiada de exploración de sí mismo. Podemos pues dividir los testimonios de los rumanos que viajaron a Cuba en dos grandes categorías: los que favorecen el contacto directo con un mundo exótico y los que se inclinan más al viaje interior desencadenado por el desplazamiento físico. Las dos tendencias se manifiestan con independencia de la época en que estos viajes se realizan, puesto que el grado de adhesión a las consignas políticas varía en función del autor y no refleja de forma automática las variaciones con respecto a la libertad de expresión de la Rumania socialista. La ceguera en relación con la realidad cubana que les toca experimentar varía también en función del grado de apertura de cada escritor. No se pretende con esto afirmar que existe una sola realidad que nosotros, con la perspectiva de los años y tras la muerte de Fidel Castro, podríamos captar con mayor acierto que los propios contemporáneos. No obstante, podemos notar que hay ceguera y ceguera dentro de los mismos límites socialistas: si uno, como Titus Popovici, ve la Cuba que le pintan sus convicciones, al parecer, totalmente sinceras acerca del mal imperialista y el bien comunista, otro, verbigracia Darié Novăceanu, ve la Cuba que le pinta la imagen de intelectual atribulado que se ha creado sobre sí mismo. Ion Gheorghie, a principios de los años setenta, cuando el ensalzamiento del socialismo era optativo en Rumania, sigue creyendo en Che Guevara y en la Revolución,

y Mircea Radu Iacoban no encuentra motivos de desasosiego ante la realidad cubana en 1973, mientras que en la misma época Platon Pardău observa, casi sin querer, las grietas del sistema castrista. Por su parte, Edgar Papu se abstiene de un comentario detallado de su viaje, destacando solo los logros culturales de la Casa de las Américas, en un gesto que tiene que ver más bien con la cortesía intelectual que con otras actitudes. Otros autores, como Nicolae Prelipeanu o Aurel Covaci, renuncian simplemente a publicar textos que evoquen su experiencia personal en Cuba, probablemente para no deber mentir o acudir a estrategias de escritura alusiva demasiado complicados. La tendencia a la introspección y la exploración del espacio interior da un mejor resultado en el caso de Ovidiu Genaru, que se ubica desde el principio en la posición del *naïf* que solo sabe que no sabe nada. Por menor que sea la anécdota histórica relacionada con los viajes de los escritores rumanos a Cuba y por insignificante que sea el impacto de estos sobre sus biografías y sus obras, la lección sobre las limitaciones de vista, sobre su capacidad o incapacidad de entender la realidad, es siempre instructiva.

ILIAN, I. The socialist Cuba viewed by the romanian writers. **Revista de Letras**, São Paulo, v.57, n.2, p.73-92, jul./dez. 2017.

- **ABSTRACT:** *The Cuban Revolution was enthusiastically received in The Romanian People's Republic and the two nations' similar policies contributed to several bilateral agreements, one of which focused on cultural exchanges. As a result of these agreements, Romanian writers started travelling to Cuba and their Cuban counterparts travelled to Romania, allowing several Romanian writers to visit and write about the Caribbean country. This article presents the Romanian writers' travels to Cuba and analyses the texts they wrote about their Cuban experience, concluding that these texts compose a very heterogeneous corpus, both from a generic and from an ideologic point of view, in what regards their degree of support of the socialist leaders' ideology. Another outstanding feature of these texts is that the writers' travel diaries about Cuba do not always show the changes in the official ideological discourse, or the changes in cultural policy that affected socialist Romania. Without exhausting all the questions raised by the theme, this insight into the relations between the Romanian and Cuban cultural institutions highlights the similarities between cultural policies in the old Socialist Block and in 1960-1980's Cuba.*
- **KEYWORDS :** *Socialist Cuba. Travel memories. Cultural politics of the Socialist Romania. Literature and ideology.*

Referencias

ARCHIVOS NACIONALES RUMANOS. Documentos de los archivos del Estado Rumano. **Comité Central del Partido Comunista Rumano**, n.85, 1960.

ARENAS, R. **Antes que anochezca**. Barcelona: Anagrama, 2005.

- BACONSKY, A. E. O carte din Cuba. **Contemporanul**, București, n.36, p.2, 1963.
- CASTAÑEDA, J. G. **La utopía desarmada**. Barcelona: Ariel, 1995.
- CROITOR, M. Planul Valev și impactul acestuia asupra relațiilor româno-sovietice. In: BUDEANĂ, C.; OLTEANU, F. **Stalinizare și destalinizare: evoluții instituționale și impact social**. Iași: Polirom, 2014. p.140-156.
- DOBRESCU, C. **Barocul fascist-comunist ca fenomen global**. Roania: Centrul de Cercetare a Imaginarului, 2007. Disponible en: <http://phantasma.lett.ubbcluj.ro/?p=1436>. Acceso en: 10 agosto 2018. Sin paginación.
- DRACE-FRANCIS, A. **The tradition of invention: Romanian ethnic and social stereotypes in cultural context**: Leiden-Boston: Brill, 2013.
- ECO, U. Ur-Fascism. **New York Review of Books**, New York, 22 June 1995. Disponible en: <https://www.nybooks.com/articles/1995/06/22/ur-fascism/>. Acceso en: 10 agosto 2018.
- EDWARDS, J. **Persona non grata**. Barcelona: Barral Ed., 1973.
- _____. **La casa de Dostoievsky**. Barcelona: Planeta, 2008.
- FORNET, A. **Las mascararas del tiempo**. La Habana: Letras Cubanas, 1995.
- GALLARDO SABORIDO, E. **El martillo y el espejo: directrices de la política cultural cubana: 1959-1976**. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2009.
- GENARU, O. Apropiind depărtarea Cubei. **România Literară**, Bucarest, n.1, p.23, 1981.
- GHEORGHE, I. **Avatara**. Cluj-Napoca: Minerva, 1972.
- HOURMANT, F. **Au pays de l'avenir radieux, voyages des intellectuels français en URSS, à Cuba et en Chine populaire**. Paris: Aubier, 2000.
- IACOBAN, M. R. **Din Azore în Antile**. Iași: Junimea, 1973.
- IONESCU, A. Premiile Casa de las Américas. **România Literară**, Bucarest, n.1, p.31, 1973.
- IORGULESCU, M. Foste calatorii extraordinare. **Vatra**, Cluj-Napoca, n.10, p.40-42. 2006.
- IOVĂNEL, M. Fictiuni cubaneze. **Vatra**, Cluj-Napoca, n.10, p.49-50, 2006.
- NEMOIANU, V. **The theory of secondary: literature, progress and reaction**. Baltimore: The John Hopkins University Press, 1989.
- NERUDA, P. **Confieso que he vivido**. Barcelona: Seix Barral, 1974.
- NOVĂCEANU, D. Scrisori din Cuba. **Gazeta Literară**, Bucarest, n.10-24, p.8, 1968.

- PAPU, E. Casa de las Américas. **România Literară**, Bucurest, n.22, p.17, 1972.
- PARDĂU, P. **Decembrie în Cuba**. București: Pentru Turism, 1972.
- PIÑERA, V. et al. Debate: No hay problema. **La Gaceta de Cuba**, La Habana, n.4, p.5-6, 1962.
- POPESCU, D. **Impresii de călător**: Egipt, Cuba, Irak. București: Tineretului, 1962.
- POPOVICI, T. **Cuba**: teritoriu liber al Americii Latine. București: Tineretului, 1962.
- POSTELNICU, G. **Ultimul poet dac**: Ion Gheorghe. București: Europress Group, 2013.
- PRELIPCEANU, N. O vizită în Cuba Libre, acum 37 de ani. **Acolada**, Satu Mare, n.5, p.23-24, 2014.
- ȘTEFĂNESCU, A. La o nouă lectură: Ion Gheorghe. **România Literară**, Bucurest, n.27, p.18, 2002.
- TISMĂNEANU, V. **Spectrele Europei Centrale**. Iași: Polirom, 2001.
- _____. Cine a fost Dumitru Popescu-Dumnezeu. **Contributors.ro**, 3 diciembre 2011. Disponible en: <http://www.contributors.ro/cultura/cine-a-fost-popescu-dumnezeu-marele-pontif-al-religiei-politice-ceausiste/>. Acceso en: 23 abr. 2017. Sin paginación.